

PETER STAMM

NOCHE ES EL DÍA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Nacht ist der Tag*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2013 by Peter Stamm

Publicado por vez primera en S. Fischer Verlag,
GmbH, Fráncfort del Meno, 2013

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S. L.,
Barcelona – www.uklitag.com y Liepman AG,
Zúrich – www.liepmanagency.com

© de la traducción, 2016 by José Aníbal Campos González

© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

ISBN: 978-84-16748-09-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 136-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Noche es el día en que verte no consigo,
día las noches que soñando estoy contigo.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Soneto XLIII

Despertar varias veces y adormecerse de nuevo, emerger del sueño y sumergirse una vez más en la ingravidez. Gillian flota en el agua: un resplandor azul. Su cuerpo cobra en ella un color amarillento, pero en cuanto emerge desaparece en la oscuridad. Toda la luz proviene del agua cálida que chapotea sobre su vientre, sobre sus senos. Es un agua aceitosa que se desliza por su piel en forma de perlas. Parece encontrarse en un recinto cerrado, hay calma, pero ella siente que no está sola. Es amada, y el amor la colma.

El tiempo da saltos. Al oír un ruido, abre los ojos. Ahora está sola. En la pared hay hileras de puntos de luz que antes no estaban. Gillian cierra los ojos, el ruido se aleja y se acalla.

Más tarde una silueta blanca, con las manos extendidas en gesto apaciguador, se mueve a su lado y desaparece de nuevo. Gillian siente un ligero mareo casi benéfico, una deliciosa debilidad que tira de ella hacia abajo, de vuelta al sueño. De repente todo se ilumina, cobra un color blanco enceguecedor. Sobre la mesilla de noche está la bandeja con el desayuno. Huele a café y a flores. Su cuerpo va despertando muy lentamente, Gillian siente las piernas, el brazo que aparta la manta, la frialdad sobre la piel desnuda. Apenas siente dolor, sólo la sensación de concentrarse y disolverse de nuevo, una lenta pulsación. A su lado yace una mano que oprime un botón y se convierte en su mano. Algo alza su cuerpo, percibe un leve zumbido. Le resulta muy fá-

cil respirar, algo insólito, como si el aire entrara a raudales en su cuerpo, sin freno, y se escapara de nuevo. Un dedo oprime el botón verde sobre el que se ve el pequeño pictograma de una campana. Pasa el tiempo.

La mujer de blanco entra en el recinto, se acerca a la cama y, sin preguntar, coge el orinal. De nuevo esa sensación de estar disolviéndose, la calidez que emana del cuerpo.

—¿Ha terminado?

Gillian dice algo que suena como un breve gemido. Le parece que habita sólo esa ínfima parte del cuerpo, un cuerpo que le parece demasiado grande, un edificio vacío lleno de ruidos extraños, de un movimiento incontrolable. Cuando uno entra en alguno de sus recintos, parece que alguien acaba de abandonarlo. Se oyen conversaciones y risas provenientes de algún sitio. Gillian baja deprisa una escalera, pero otra vez llega demasiado tarde. Sobre la mesa están la vajilla sucia y unas fuentes vacías. Las servilletas yacen arrugadas sobre el mantel blanco, entre manchas de vino y migas.

Llueve. Gillian se pregunta cuánto tiempo lleva tumbada allí, pero no espera respuesta. Apenas le alcanzan las fuerzas para hacerse la pregunta. Está sentada en la cama, inclinada hacia delante, sin recordar cómo ha llegado a esa posición. De repente siente algo frío; primero es sólo un pequeño punto que luego se convierte en una espalda entera, la cual va quedando pintada, trazo a trazo, en el vacío, hasta que consigue sentirla plenamente. Huele a alcohol. La radio está encendida, Gillian oye la marca del tiempo, una voz que habla muy rápido, sólo entiende palabras aisladas que no arrojan ningún sentido. El enviado especial de la ONU, la sonda de Marte *Beagle 2*, un triunfo en semifinales en el Open de Australia, una zona de bajas presiones con centro sobre el golfo de Vizcaya. Chaparrones aislados.

Ella repite las palabras en sus pensamientos: el enviado especial de la ONU, la sonda de Marte, la zona de bajas presiones, e intenta entender la conexión entre ellas. La sensación de frío desaparece y la espalda se borra de su conciencia, el pijama cae como un telón. Sin aliento, Gillian espera a que se alce de nuevo. Alguien le da un leve empujoncito, y ella mira brevemente a su alrededor mientras corre hacia el escenario, como si hubiese tropezado. Se vuelve hacia el público, mira a los focos y hace una profunda reverencia. Tres, cuatro bises, entonces el aplauso amaina, se esfuma la breve sensación de felicidad. Gillian sabe que no ha estado bien, el director se lo va a decir, una vez más. «Tú solo actúas—le dirá—. Tienes que vivir tu personaje».

—Puede apoyarse hacia atrás. ¿Dejo la radio encendida?

Gillian intenta concentrarse. Todo depende de su respuesta. Quiere despertar, levantarse, pero no puede. No puede mover las piernas, es como si no las tuviera. La radio se acalla, la enfermera va hasta la ventana y cierra las cortinas. Gillian recuerda la lluvia. La zona de bajas presiones. Tiene que haber una conexión.

—Tranquilícese un poco.

¿Tranquilizarme de qué? Algo ha sucedido. Gillian va rodeando el recuerdo, acercándose a él, pero retrocede. Cuando extiende la mano, desaparecen las imágenes, y el agua azul emerge; una y otra vez el agua azul y la casa vacía, su primer escenario. Pero lo otro está todo el tiempo allí, esperándola. Sabe que hay una salida, y la usará. Más tarde.

El médico acercó una silla a la cama y se sentó sobre el brazo. Sostenía un espejito en la mano, un espejo de juguete con el marco de plástico rosa. Le preguntó cómo se sentía.

—Mejor—dijo Gillian—. Ya estoy de vuelta.

Por primera vez podía recordar.

—Dos días—le respondió el médico cuando ella le preguntó cuánto tiempo llevaba allí. O un mes, o un año, a ella no le hubiese asombrado.

—Tuvimos que suministrarle un fuerte analgésico.

—No estuvo mal el colocón—dijo Gillian, e intentó reír. Cuando alzó la mano, el médico se la sostuvo con un gesto rápido pero suave.

—No—le dijo él—. No debería tocarse esa parte.

Entonces empezó a describirle su cara, como si fuese un objeto, y estuviera haciendo una especie de inventario objetivo, pero Gillian no entendió del todo lo que le decía. Luego el médico le describió el procedimiento, las operaciones que serían necesarias.

—Dentro de seis meses ya no se notará casi nada.

—¿Casi nada de qué?—preguntó Gillian.

—En la oreja podemos hacer un trasplante sin dificultades—dijo el médico—, pero los vasos sanguíneos de la nariz son muy delicados. Le haremos una nueva. En este momento el aspecto no es agradable—añadió—, pero creo que estaría bien que le echase un vistazo.

Gillian cerró los ojos, los abrió de nuevo y extendió la mano. El médico le entregó el espejo. Ella lo giró de un lado a otro, como un arma que no supiera usar. Vio la ventana, los numerosos ramos de flores en la habitación, la puerta y la cara del médico. Él le sonrió y le hizo una pregunta, pero ella no lo escuchó, siguió moviendo el espejo como si buscara el ángulo adecuado, pero entonces lo dejó caer.

—¿Es grave?

Él asintió y repitió que tardarían seis meses.

—Alguien que no le conozca apenas notará nada.

—¿Y quien me conozca?

—Intentaremos mantener el mayor parecido posible, hay suficientes fotos tuyas. Se asombrará—le dijo el médico—. La cirugía plástica ha hecho muchos progresos.

—¿Cómo es que puedo oler el café si no tengo nariz?

—Las células olfativas están aquí—le dijo el médico, señalando el nacimiento de la nariz. A continuación se puso de pie—. ¿Le dejo el espejo aquí?

—No—respondió ella, pero luego dijo que sí.

Cuando el médico se hubo marchado, Gillian alzó el espejo con un rápido movimiento y se lo puso muy pegado a la cara, como si quisiera ocultarse detrás de él.

No podía recordar cuándo se lo habían dicho. Tal vez ni siquiera se lo hubieran dicho, tal vez ella lo sabía sin más. O lo sospechaba; sospechaba que Matthias estaba muerto. Había calma, sólo se oía el viento soplando entre los árboles, el goteo del agua y unos crujidos irregulares, como cuando el metal doblado se distiende lentamente. La luz se encendía y apagaba, una luz naranja. Gillian no sentía dolor, sólo notaba su cara húmeda. Tenía en la boca el sabor de hierro de la sangre. No había podido girar la cabeza, pero por el rabillo del ojo había visto a Matthias inclinado sobre el volante, como si se hubiese quedado dormido por agotamiento. No se movía. Aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía. Su cara estaba oscura incluso con luz, enrojecida como la de un alcohólico. Si al menos hubiera podido apagar el intermitente, todo habría estado bien, habría podido dormir. Pero no conseguía moverse. Y luego, poco a poco, apareció el dolor: en la zona del pecho, en las piernas, en la cara. Era como si antes nunca hubiera sentido la cara, que ahora se encogía, presa de dolor, como una mano que se cierra en un puño. Matthias estaba muerto. ¿Qué iba a hacer ella con todas sus cosas? ¿Cómo se enfrentaría a su familia, a sus amigos? Pensó que la comida que había en la nevera se echaría a perder poco a poco, que las plantas de las macetas se marchitarían. Y entonces, de repente, estuvo segura de que Matthias no estaba muerto. «No es posible», pensó, y sintió tal alivio que estuvo casi a punto de echarse a reír. «No es posible».